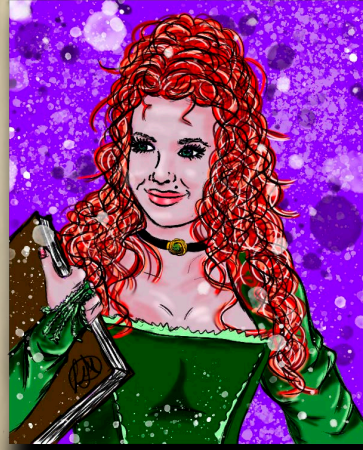


Ebba Björklund
(parte 2/2):



Juego: Vaesen (Free League Publishing, Devir)

Ambientación: Fantasía urbana victoriana (oscura)

Clase/concepto: Escritora

No obstante, no fue hasta muchos años después que comprendí del todo aquel suceso, que entendí aquel mal sueño. Fue aquella noche. Aquella fatídica noche...

Padre no estaba. Se encontraba de servicio. Lejos. Desplazado en una misión. Madre cayó enferma y... disculpen mi trémula caligrafía, al escribir sobre ello todavía soy incapaz de mantener un trazo firme. Madre cayó enferma y con Signe a cargo de su hijo pequeño, fui yo quien estuvo a su lado, quien escuchó las perplejas excusas de los doctores, quien le puso paños fríos sobre la frente sudorosa y le acarició el rostro tratando de calmar sus dolores y sus gritos. Fui yo quien mandó enviar un telegrama a padre. No decía gran cosa acerca de su condición, dado que ni los médicos ni yo misma sabíamos qué sucedía, tan solo que la había debilitado en gran medida tanto física como mentalmente, y que nada podía hacerse por su restablecimiento...

¿...o sí? En aquel momento no tenía la menor idea de las consecuencias del fugaz pensamiento que atravesó por unos instantes los más profundos recovecos de mi subconsciente.

Y sin embargo, ¿qué podía perder por intentarlo?

No sabía cuánto tardaría padre en regresar. Los dolores y los aullidos de madre se agudizaban y mi sobrino se despertaba por las noches, asustado, preguntando a mi hermana qué le sucedía a la abuela. Así que esa noche, mientras velaba a madre, mientras veía cómo se contorsionaba su rostro en una mueca de dolor y sentía la contracción de los músculos de su espalda arqueada, pedí ayuda. Rogué que acabara su sufrimiento. Supliqué que cesara su dolor. Dije que daría cualquier cosa a cambio...

...y lo dije en voz alta.

Y entonces, de pronto, sus gritos cesaron. Su cuerpo descansó suavemente sobre el colchón. Su mano, que aferraba fuertemente la mía, se relajó. Levanté la mirada, posé la vista en su rostro y vi paz. Calma, tranquilidad. Ya no respiraba, pero hacía mucho que no veía tal serenidad en sus facciones.

«¿Ma... madre?» mi intención era decirlo, pero no fui capaz. De mi garganta no salió voz alguna.

«Madre...» vocalicé de nuevo, de nuevo en silencio...

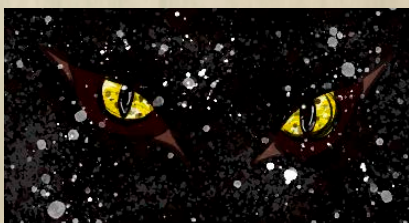
«¿Qué... por qué...?». Silencio.

Nada más que silencio.

Intenté gritar. Intenté hablar. Intenté pronunciar una mísera sílaba. Nada. Mis cuerdas vocales no albergaban recuerdo sobre cómo producir sonido alguno. Nada. Ningún tono escapó de mis labios. Solo silencio. Palabras de silencio. Memorias del silencio.

¿Qué podía perder por intentarlo? En ese momento lo comprendí. Pedí que acabara su sufrimiento. Acabó. Madre descansó al fin. Dije que daría cualquier cosa a cambio.

Y la di.



Fue en ese instante, el instante en que me percaté de lo que había hecho, cuando alcé la mirada. Allí, entre la oscuridad, me recibieron unos ojos ambarinos y una siniestra sonrisa, que desaparecieron de súbito en la oscuridad de aquella noche de luna nueva.

Padre llegó al día siguiente. Nada fui capaz de decirle. Ni una palabra alcancé a pronunciar. Mas no hizo falta. Bastó una mirada para que comprendiera que ya era tarde. Su Lisbeth había muerto entre grandes padecimientos, aunque al final había encontrado la paz. Lo único que él podía hacer era velar su cuerpo ya frío y preparar el funeral que tendría lugar al día siguiente. Así que lo dejé con madre y él pasó allí toda la noche, sentado junto a ella, hasta que el dolor y el cansancio agotaron sus fuerzas.

Y cuando llegué a mi habitación y me dejé caer, desfallecida, sobre la cama, las lágrimas empaparon la almohada en un agotador llanto silente.

Aquel día entendí el mundo. Supe que existen muchas más cosas de las que la mayoría de los humanos alcanzamos siquiera a imaginar. Comencé a verlos. Caminando entre nosotros. Viviendo a nuestro alrededor. Causando sucesos antes inexplicables. Unos buenos, otros malvados. De todos los tipos y especies... Uno de ellos había hecho un trato conmigo aquel día. Porque existían. Eran reales. Y eso sólo podía significar que...

Esta mañana, he visitado a padre en su estudio. Debía... *necesitaba* hacerle una pregunta. Esa pregunta. ¿Había sido un mal sueño? ¿O todo fue real? Y, de ser así, ¿realmente había sido él? ¿O...? En el fondo sabía la respuesta, pero necesitaba preguntarlo. Mediante los símbolos que ambos hemos aprendido, yo a formar, él a interpretar, le he hecho la pregunta.

«Padre» han dicho mis manos, han vocalizado mis labios. «Cuando cumplí siete años, la víspera de mi cumpleaños... ¿Recuerdas esa noche? ¿Recuerdas cuando me trajiste del bosque en el que me perdí por escaparme en aquel gran caballo negro que me habías prohibido montar?».

Padre me ha mirado, sorprendido. Lo he visto en su expresión, esa pregunta lo ha extrañado.

—¿...cuando te traje de...? ¿...cuando te escapaste en...? —me ha mirado sin entender y entonces me ha dicho, muy seriamente—: Ebba, nunca he tenido ningún caballo que te haya prohibido montar.

Y yo, aún ahora quiero creer que aquella no había sido la verdad. Que debió de haber sucedido algo que supusiera una explicación más lógica. Un sueño lúcido. Una pesadilla que para un niño puede llegar a ser, desde su perspectiva, demasiado real...

...porque la imaginación de los niños ve cosas que... no... son...

¿...verdad?